

EL MISTERIO DE LA IGLESIA PEREGRINA

Antes de comulgar con el cuerpo y la sangre de Cristo resucitado, el sacerdote ora en nombre de la comunidad congregada: «Señor Jesucristo, que dijiste a tus apóstoles: “La paz os dejo, mi paz os doy”, no tengas en cuenta nuestros pecados, sino la fe de tu Iglesia y, conforme a tu palabra, concédele la paz y la unidad. Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos». Siempre me ha llamado la atención esta oración. En ella se evoca el misterio de la Iglesia peregrina, desgarrada por nuestros pecados, pero firme en la fe apostólica, agraciada con el don del Espíritu, así como con la paz mesiánica y la unidad, fruto de la Pascua del Verbo encarnado.

La fe apostólica, conviene notarlo desde el principio, verdadero y real don del Padre, es el cimiento sobre el que se edifica la Iglesia de todos los tiempos. San Agustín lo captó muy bien y nosotros estamos llamados a meditarlo, para mejor comprender la fuente y raíz de la esperanza que anima el camino de un auténtico peregrinar sinodal. El santo de Hipona comenta de forma inteligente y profunda la respuesta del apóstol Pedro a la pregunta de Jesús: «Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?» : «Tú eres el Mesías, el Hijo de Dios vivo».

¡Estupenda y verísima respuesta! Por ella mereció escuchar: *Dichoso tú, Simón, hijo de Jonás, porque no te lo reveló la carne ni la sangre, sino mi Padre que está en los cielos.* Puesto que tú me dijiste, yo te digo; dijiste antes, escucha ahora; proclamaste tu confesión, recibe la bendición. Así, pues, *también yo te digo: Tú eres Pedro; dado que yo soy la piedra, tú eres Pedro, pues no proviene piedra de Pedro, sino Pedro de piedra, como cristiano de Cristo y no Cristo de cristiano. Y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia;* no sobre Pedro, que eres tú, sino sobre la piedra que has confesado. *Edificaré mi Iglesia:* te edificaré a ti, que al responder así te has convertido en figura de la Iglesia. Esto y otras cosas escuchó por haber dicho: *Tú eres Cristo, el Hijo del Dios vivo.* Como recordáis, había oído también: *No te lo ha revelado la carne ni la sangre,* es decir, el razonamiento, la debilidad, la impericia humanas, *sino mi Padre que está en los cielos.* (Sermón 270, 2)

El santo enseñaba así a sus oyentes cómo la Iglesia tiene su origen y fundamento en el Padre de nuestro Señor Jesucristo. Revelándole la identidad de su Hijo a Pedro, hombre frágil y pecador, como lo somos nosotros, Dios funda la firmeza y esperanza de la Iglesia, que no será derrotada por el poder del infierno. La Iglesia está compuesta por hombres y mujeres limitados y conscientes de su condición de pecadores. El Evangelio anunciado por ella no es de origen humano. San Pablo lo afirmaba de forma clara y rotunda a la convulsa comunidad de los gálatas: «Os hago saber, hermanos, que el Evangelio anunciado por mí no es de origen humano; pues yo no lo he recibido ni aprendido de ningún hombre, sino por revelación de Jesucristo». (Gal 1, 11-12) Esto nos da una gran confianza, al tiempo que encumbra más las figuras de Pedro y Pablo. Ellos son cimiento de la Iglesia porque comunican la palabra del Padre, la verdadera verdadera «piedra angular» que ensambla la comunidad peregrina de Éfeso, formada por judíos y gentiles:

Estáis edificados sobre el cimiento de los apóstoles y profetas, y el mismo Cristo Jesús es la piedra angular. Por él todo el edificio queda ensamblado, y se va levantando hasta formar un templo consagrado al Señor. Por él también vosotros entráis con ellos en la construcción, para ser morada de Dios, por el Espíritu. (Ef 2, 20-22)

Dios elige lo débil de este mundo, como evoca también el comentario de Agustín, para llevar a cabo sus obras en la historia, para revelar su poder y designio de salvación. Él asocia a su obra a hombres y mujeres débiles, para dignificarlos. Él nos creó sin nosotros y nos confió su creación. En la encarnación, asoció la carne a su obra de salvación. Así lo proclama uno de los prefacios:

Porque reconocemos como obra de tu poder admirable no sólo haber socorrido nuestra débil naturaleza con la fuerza de la divinidad, sino haber previsto el remedio en la misma debilidad humana, y de lo que era nuestra ruina haber hecho nuestra salvación, por Cristo Señor nuestro. (Prefacio III dominical del tiempo ordinario)

La Iglesia peregrina es divina y humana. La Iglesia es el pueblo mesiánico, llamado a ser en Cristo para todo el género humano «un germen segurísimo de unidad, de esperanza y salvación».

Este pueblo mesiánico, por consiguiente, aunque no incluya a todos los hombres actualmente y con frecuencia parezca una grey pequeña, es, sin embargo, para todo el género humano, un germen segurísimo de unidad, de esperanza y de salvación. Cristo, que lo instituyó para ser comunión de vida, de caridad y de verdad, se sirve también de él como de instrumento de la redención universal y lo envía a todo el universo como luz del mundo y sal de la tierra (cf. *Mt* 5,13-16). (LG 9)

Vamos a meditar en «el misterio de la Iglesia», donde lo humano y lo divino se aúna, a fin de caminar con «gozosa esperanza» en los avatares de la historia dramática de nuestro mundo.

I.- EL MISTERIO DE LA IGLESIA

El título del primer capítulo de la Constitución Dogmática sobre la Iglesia reza así: *El misterio de la Iglesia*. Y, como es sabido, comienza afirmando: «Cristo es la luz de los pueblos». Luz «que resplandece sobre la faz de la Iglesia». San Ambrosio, como otros padres de la Iglesia, comenta: la Iglesia se parece a la luna. Ella no tiene luz propia. Refleja la luz del Sol. Lo hace anunciando el Evangelio a toda criatura, en fidelidad al mandato de su Señor.

A continuación, el Concilio enseña *el carácter sacramental de la Iglesia*. Estamos ante el misterio. «La Iglesia es *en Cristo* como un sacramento, o sea signo e instrumento de la unión íntima con Dios y de la unidad de todo el género humano». (LG 1) Es sumamente importante subrayar el «en Cristo», pues de otra forma existe el riesgo de reducir la Iglesia, como sucede con demasiada frecuencia, a una institución religiosa entre otras.

El primer capítulo de la constitución de Iglesia se abre con una clara afirmación de su carácter sacramental, y se cierra indicando su condición de peregrina en la historia. Es interesante notarlo. Misión de la Iglesia en el mundo es anunciar «la cruz del Señor hasta que vuelva». Como celebra la asamblea eucarística. «Anunciamos tu muerte, proclamamos tu resurrección. ¡Ven, Señor Jesús!».

La Iglesia «va peregrinando entre las persecuciones del mundo y los consuelos de Dios» anunciando la cruz del Señor hasta que venga (cf. *ICo* 11, 26). Está fortalecida, con la virtud del Señor resucitado, para triunfar con paciencia y caridad de sus aflicciones y dificultades, tanto internas como externas, y revelar al mundo fielmente su misterio, aunque sea entre penumbras, hasta que se manifieste en todo el esplendor al final de los tiempos. (LG 8)

Este último párrafo del primer capítulo de la constitución *Lumen Gentium*, en efecto, comienza con una cita de san Agustín, en explícita referencia a la celebración de la Eucaristía en las comunidades paulinas, para afianzarlas en el camino, sostenida por la virtud del Señor resucitado.

El texto de san Agustín se encuentra en su famosa obra, *La Ciudad de Dios*, escrita por el santo, para recordar a la comunidad eclesial cómo está llamada a peregrinar en la historia entre las persecuciones del mundo y los consuelos de Dios. San Agustín comenta cómo la Cabeza fue perseguida y lo es también su Cuerpo en la historia; pero también existe el consuelo de ver la conversión de los perseguidores. Leamos el texto citado por el Concilio, pero un poco más amplio:

Por otra parte, existen grandes consuelos por las conversiones de ellos; derraman ellas la alegría en las almas de los piadosos, cual fuera el dolor con que por su perdición los atormentaron. De esta manera, peregrinando entre las persecuciones del mundo y los consuelos de Dios, avanza la Iglesia por este mundo en estos días malos, no sólo desde el tiempo de la presencia corporal de Cristo y sus apóstoles, sino desde el mismo Abel, primer justo a quien mató su impío hermano, y hasta el fin de este mundo. (San Agustín, *De civ. Dei* XVIII, 51, 2)

Agustín tenía presente, sin duda alguna, el testimonio del perseguidor converso y luego perseguido: Pablo. En la carta a los gálatas, el apóstol de las gentes se presenta con estas palabras: «Porque habéis oído hablar de mi pasada conducta en el judaísmo: con qué saña perseguía a la Iglesia de Dios y la asolaba, y aventajaba en el judaísmo a muchos de mi edad y de mi raza como defensor muy celoso de las tradiciones de mis antepasados. (Gal 1, 13-14) Luego, perseguido y acosado, el Apóstol escribía a las frágiles y perseguidas comunidades de Roma y Tesalónica:

Que la esperanza os tenga alegres; manteneos firmes en la tribulación, sed asiduos en la oración; compartid las necesidades de los santos; practicad la hospitalidad. Bendecid a los que os persiguen; bendecid, sí, no maldigáis. Alegraos con los que están alegres; llorad con los que lloran. (Rom 12, 12-15)

Que el mismo Señor nuestro, Jesucristo, y Dios, nuestro Padre, que nos ha amado y nos ha regalado un consuelo eterno y una esperanza dichosa, consuele vuestros corazones y os dé fuerza para toda clase de palabras y obras buenas (2Tes 2, 16-17)

El concilio, tras la cita de san Agustín, reenvía a la celebración de la Eucaristía, tal como la presenta san Pablo en la primera carta a los corintios. «Por eso, cada vez que coméis de este pan y bebéis del cáliz, proclamáis la muerte del Señor, hasta que vuelva». (1Cor 11, 26) De esta perspectiva, se hace eco el Decreto sobre la actividad misionera de la Iglesia, afirmando en el proemio del mismo:

Por lo cual este Santo Concilio, mientras da gracias a Dios por las obras realizadas por el generoso esfuerzo de toda la Iglesia, desea delinear los principios de la actividad misional y reunir las fuerzas de todos los fieles para que el Pueblo de Dios, caminando por la estrecha senda de la cruz, difunda por todas partes el reino de Cristo, Señor que preside de los siglos (Cf. *Ecl.*, 36, 19), y prepara los caminos a su venida. (AG 1)

A continuación, el mismo decreto afirma el carácter peregrinante y misionero de la Iglesia.

La Iglesia peregrinante es misionera por su naturaleza, puesto que toma su origen de la misión del Hijo y del Espíritu Santo, según el designio de Dios Padre. pero este designio dimana del "amor fontal" o de la caridad de Dios Padre, que, siendo Principio sin principio, engendra al Hijo, y a través del Hijo procede el

Espíritu Santo, por su excesiva y misericordiosa benignidad, creándonos libremente y llamándonos además sin interés alguno a participar con El en la vida y en la gloria, difundió con liberalidad la bondad divina y no cesa de difundirla, de forma que el que es Creador del universo, se haga por fin "todo en todas las cosas" (1Cor, 15,28), procurando a un tiempo su gloria y nuestra felicidad. Pero plugo a Dios llamar a los hombres a la participación de su vida no sólo en particular, excluido cualquier género de conexión mutua, sino constituirlos en pueblo, en el que sus hijos que estaban dispersos se congreguen en unidad (Cf. Jn, 11,52). (AG 2)

1.- La Iglesia obra de la Trinidad santa.

El misterio de la Iglesia, como enseña el Concilio (ver LG 2-4), es obra del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo. Ella existe por iniciativa del Padre. Él «estableció convocar a quienes creen en Cristo en la santa Iglesia», prefigurada ya en la historia del pueblo de Israel y constituida mediante la efusión del Espíritu. Al final de los tiempos, «desde Adán, desde el justo Abel hasta el último elegido, serán congregados en una Iglesia universal en la casa del Padre».

El Padre envió el Hijo al mundo para llevar a cabo su designio eterno de salvación. El plan de Dios está en marcha y las fuerzas contrarias no podrán impedirlo. «La Iglesia o reino de Cristo, presente actualmente en misterio, por el poder de Dios crece visiblemente en el mundo». La Vid verdadera, plantada y podada por el Padre, sigue fructificando en el mundo (cf. Jn 15, 1ss).

En la Eucaristía celebramos nuestra redención y la unidad de los que formamos un solo cuerpo en Cristo. Y así recordamos que «todos los hombres están llamados a esta unión con Cristo, luz del mundo, *de quien procedemos, por quien vivimos y hacia quien caminamos*».

El envío del Espíritu Santo en Pentecostés lleva a cabo la santificación de la Iglesia de modo que los fieles tengan acceso al Padre por medio de Cristo. El Espíritu es el agua que salta hasta la vida eterna. Él nos guía y conduce a la verdad plena. «Con la fuerza del Evangelio rejuvenece la Iglesia, la renueva incesantemente y la conduce a la unión con su Esposo. En efecto, el Espíritu y la Esposa dicen al Señor Jesús: ¡Ven! (cf. Ap 22, 17). Y así toda la Iglesia aparece como un “pueblo reunido en virtud de la unidad del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo».

2.- Relación de la Iglesia y el reino de Dios.

«El misterio de la santa Iglesia se manifiesta en su fundación». Jesús inició su misión pública anunciando la llegada del reino de Dios, invitando a todos a la conversión y la fe. En efecto, en sus palabras, obras y persona el reino de Dios prometido por la voz profética, y esperado por Israel, se hacía presente en la historia. El «hoy se cumple esta Escritura», tal como el hijo del carpintero afirmó en la sinagoga de Nazaret, engloba toda la vida del que murió en la cruz y resucitó como Señor, Cristo y Sacerdote de una vez para siempre.

Con la luz y fuerza del Espíritu derramado en Pentecostés, la comunidad apostólica, prosigue la misión del Hijo enviado por el Padre, para salvar la humanidad. Recordemos en todo momento esta palabra de Jesús a sus discípulos: «Mi alimento es hacer la voluntad del que me envió y llevar a término su obra». (Jn 4, 34) Todos al servicio de la obra del Padre. El Concilio concluye:

Por esto la Iglesia, enriquecida con los dones de su Fundador y observando fielmente sus preceptos de caridad, humildad y abnegación, recibe la misión de anunciar el reino de Cristo y de Dios e instaurarlo en

todos los pueblos, **y constituye en la tierra el germen y el principio de ese reino**. Y, mientras ella paulatinamente va creciendo, anhela simultáneamente el reino consumado y con todas sus fuerzas espera y ansia unirse con su Rey en la gloria. (LG 5)

La Iglesia no es el reino consumado, pero «constituye en la tierra el germen y el principio de ese reino». Esta verdad de fe funda la esperanza del pueblo peregrino, así como su responsabilidad de llevar adelante el servicio del evangelio de la gracia de Dios, en Cristo y como él. La Iglesia, la comunidad de los salvados por Cristo, está llamada a ser signo e instrumento, para comunicar a los hombres los frutos de la salvación. Y debe hacerlo como servidora pobre y humilde tras las huellas del único Mediador de la salvación.

Como Cristo realizó la obra de la redención en pobreza y persecución, de igual modo la Iglesia está destinada a recorrer el mismo camino a fin de comunicar los frutos de la salvación a los hombres. Cristo Jesús, «existiendo en la forma de Dios..., se anonadó a sí mismo, tomando la forma de siervo» (Flp 2,6-7), y por nosotros «se hizo pobre, siendo rico» (2Cor 8,9); así también la Iglesia, aunque necesite de medios humanos para cumplir su misión, no fue instituida para buscar la gloria terrena, sino para proclamar la humildad y la abnegación, también con su propio ejemplo. Cristo fue enviado por el Padre a «evangelizar a los pobres y levantar a los oprimidos» (Lc 4,18), «para buscar y salvar lo que estaba perdido» (Lc 19,10); así también la Iglesia abraza con su amor a todos los afligidos por la debilidad humana; más aún, reconoce en los pobres y en los que sufren la imagen de su Fundador pobre y paciente, se esfuerza en remediar sus necesidades y procura servir en ellos a Cristo. Pues mientras Cristo, «santo, inocente, inmaculado» (Hb 7,26), no conoció el pecado (cf. 2Cor 5,21), sino que vino únicamente a expiar los pecados del pueblo (cf. Hb 2,17), la Iglesia encierra en su propio seno a pecadores, y siendo al mismo tiempo santa y necesitada de purificación, avanza continuamente por la senda de la penitencia y de la renovación. (LG 8)

Las diferentes imágenes de la Iglesia, tal como se encuentran esparcidas por el Antiguo y el Nuevo Testamento, ponen de relieve que el misterio de la Iglesia es obra de la iniciativa amorosa del Dios que se ha revelado plenamente en el Hijo encarnado y en el don los tiempos mesiánicos el Espíritu Santo. El Concilio, como no podía ser de otra manera, pone especial énfasis en la Iglesia, Cuerpo místico de Cristo. Los miembros de este Cuerpo recibimos la vida de la Cabeza que es Cristo. En él y por él, los creyentes tenemos el pan del cielo y la fuente inagotable del agua viva, de nuestro peregrinar en esperanza hacia la comunión del Padre y del Hijo en el Espíritu Santo.

El Hijo de Dios, en la naturaleza humana unida a sí, redimió al hombre, venciendo la muerte con su muerte y resurrección, y lo transformó en una nueva criatura (cf. Gal 6, 15; 2 Col 5,17). Y a sus hermanos, congregados de entre todos los pueblos, los constituyó místicamente su cuerpo, comunicándoles su espíritu. En ese cuerpo, la vida de Cristo se comunica a los creyentes, quienes están unidos a Cristo paciente y glorioso por los sacramentos, de un modo arcano, pero real.

Es necesario que todos los miembros se hagan conformes a El hasta el extremo de que Cristo quede formado en ellos (cf. Gal 4,19). Por eso somos incorporados a los misterios de su vida, configurados con El, muertos y resucitados con El, hasta que con El reinemos (cf. Flp 3,21; 2Tm 2,11; Ef 2,6; Col 2,12, etc.). Peregrinando todavía sobre la tierra, siguiendo de cerca sus pasos en la tribulación y en la persecución, nos asociamos a sus dolores como el cuerpo a la cabeza, padeciendo con El a fin de ser glorificados con El (cf. Rm 8,17). (LG 7)

3.- La Iglesia asamblea visible y comunidad espiritual.

Lo humano y lo divino forman un todo en el misterio de la Iglesia, cuerpo de Cristo. En efecto, la Iglesia está formada por un elemento humano y otro divino. Es santa y necesitada de purificación, ella debe avanzar siempre por la senda de la penitencia y la conversión. No estamos ante una contradicción, sino ante la paradoja. La santidad de Dios se revela en la comunidad de los pecadores que celebran la salvación como gracia y participación en su misma santidad, al tiempo que imploran perdón por sus pecados. La acción del Espíritu se realiza a través de estructuras sociales limitadas. La acción del único Mediador nos alcanza a través de mediaciones sacramentales. Estamos así en la dinámica propia del misterio de la encarnación. Dios ha querido recrear la carne a través del envío de su Hijo en una carne semejante a la del pecado. (cf. Rom 8, 3)

Cristo, el único Mediador, instituyó y mantiene continuamente en la tierra a su Iglesia santa, comunidad de fe, esperanza y caridad, como un todo visible, comunicando mediante ella la verdad y la gracia a todos. Mas la sociedad provista de sus órganos jerárquicos y el Cuerpo místico de Cristo, la asamblea visible y la comunidad espiritual, la Iglesia terrestre y la Iglesia enriquecida con los bienes celestiales, no deben ser consideradas como dos cosas distintas, sino que más bien forman una realidad compleja que está integrada de un elemento humano y otro divino. Por eso se la compara, por una notable analogía, al misterio del Verbo encarnado, pues así como la naturaleza asumida sirve al Verbo divino como de instrumento vivo de salvación unido indisolublemente a El, de modo semejante la articulación social de la Iglesia sirve al Espíritu Santo, que la vivifica, para el acrecentamiento de su cuerpo (cf. Ef 4,16). (LG 8)

Llegado a este punto, necesitamos todos, como miembros de la única Iglesia, volver nuestra mirada a la María, la madre del Salvador. Ella se entregó a la acción de la Palabra, para la que nada es imposible. «He aquí la esclava del Señor. Hágase en mí según tu palabra». «Porque ha mirado la humildad de su esclava. Desde ahora me felicitarán todas las generaciones». La Iglesia está llamada a cantar y caminar como lo hiciera María, la madre de Dios. Ella «es tipo de la Iglesia en el orden de la fe, de la caridad y de la unión perfecta con Cristo». (LG 63)

II.- ANIMAR LA ESPERANZA DE NUESTRAS COMUNIDADES.

La Iglesia, como pueblo profético, está llamada a sostener la esperanza de la humanidad en su caminar hacia la consumación del reino de Dios. Ella es germen del reino por gracia. En los momentos cruciales de la historia, cuando no pocos de los seguidores del Señor le dan la espalda, los creyentes estamos llamados a renovar nuestra adhesión al Verbo de la vida. De nuevo nos pregunta Jesús: «¿También vosotros queréis marcharos?» Y con Simón Pedro estamos invitados a responder: «Señor, a quién vamos a acudir? Tú tienes palabras de vida eterna; nosotros creemos y sabemos que tú eres el Santo de Dios». (Jn 6, 67-69) El profeta y el apóstol se hallan siempre confrontados a verificar si su fe está puesta en el Santo de Dios, a fin de vivir y testimoniar la esperanza, a contagiarla a sus hermanos y hermanas. ¡El peregrino invisible camina con nosotros!.

1.- El profeta, persona de escucha y esperanza.

El profeta vive en un pueblo que ama y del que se siente solidario. Es crítico con la situación, pero desde la escucha y en el nombre del Señor, que desea la conversión y vida de los suyos. Este es un punto importante, pues quien lo hace desde la razón y sensibilidad propia, lejos de favorecer la conversión, divide la comunidad y siembra desconcierto. Los falsos profetas, lejos de alumbrar una esperanza fiable y duradera, siembran desánimo. Hoy, como ayer, el pueblo profético debe ofrecer la palabra del Señor. Es su forma de servir a la humanidad, aun cuando no se entienda de momento.

El profeta, como el apóstol, si habla y testimonia en nombre del Señor, no busca poder y prestigio en el mundo. La palabra de Dios le seduce y le quema. Es solidario del pueblo en el que Dios lo ha colocado y al que lo ha enviado, para anunciarle la esperanza de la gloria. El profeta y el apóstol son mártires en la debilidad con la fuerza del Señor. Aman y son solidarios del destino de su pueblo.

Hoy estamos llamados a escuchar juntos lo que el Señor dice a nuestras comunidades, para avanzar por la senda estrecha de la verdad y libertad. El Señor sigue hablándonos en la Iglesia, invitándonos a la conversión, para avanzar en la esperanza y contagiarla a nuestros conciudadanos. Las siete cartas del Apocalipsis comienzan y concluyen con el mismo refrán: «Escribe al ángel de la Iglesia en... El que tenga oídos, oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias». Es importante oír, convertirse a la palabra que el Señor nos dirige, para que la comuniquemos al mundo entero, como ángeles, esto es, como enviados suyos. ¿Somos conscientes de nuestra condición de enviados? ¿Escuchamos al Señor o nos escuchamos a nosotros mismos? ¿Comunicamos lo que el Señor dice? El siervo tiene labios de discípulo en la medida que tiene oídos de discípulo. (cf. Is 50, 4ss)

2.- La conciencia de estar animados con la virtud del Señor resucitado.

Como miembros de la Iglesia apostólica estamos llamados a caminar con la conciencia de estar sostenidos con la virtud del Señor resucitado. Y esta verdad de la fe es decisiva en nuestra condición de educadores de la fe que debemos llevar a cabo. Ahora bien esto implica «conversión y fe» si queremos «ser testigos del Evangelio de la gracia de Dios», al estilo de san Pablo, como cuenta en su discurso a los presbíteros de Éfeso en Mileto. (cf. Hch 20, 24)

Cada día admiro más «la generosidad» en la que fuimos formados algunas generaciones; pero también constato, por otra parte, el riesgo de una formación basada más en el «voluntarismo», que en la fe y la gracia del Señor. Hoy, cuando la voluntad ya no manda, pues la debilidad inherente a la edad hace imposible un cierto tipo de acción, andamos demasiado inquietos y deprimidos. Signo de no haber comprendido convenientemente la dinámica de la gracia. Por ello es necesario redescubrir la afirmación tantas veces repetida y en la que conviene subrayar la palabra «gracia», que a veces se ha traducido por generosidad. «Pues conocéis la gracia de nuestro Señor Jesucristo, el cual, siendo rico se hizo pobre por vosotros para enriqueceros con su pobreza». (2Cor 8, 9)

La generosidad, sin la experiencia de la gracia, sin la experiencia de ser amado y salvado, por gracia, puede conducir a la autoafirmación. Y llegado el momento de la debilidad y flaqueza, olvidamos que la fuerza de Dios se muestra en la debilidad, como enseña el Apóstol a partir de su experiencia. Así acontece cómo algunas personas se deprimen y tienden a la tristeza, en lugar de caminar cantando, esto es, con la alegría de avanzar hacia la casa del Padre.

En esta perspectiva es muy importante, a mi entender, que nos ayudemos en nuestras comunidades y equipos de vida a proseguir el camino de la gracia. Entonces avanzaremos alegres sabiéndonos amados por el Señor, como verdaderos peregrinos de la esperanza. Así descubriremos que, con nuestras limitaciones y dependencias, seguimos enriqueciendo al mundo, aun cuando la apariencia sea diferente. Aprendamos a dar y recibir. Amarse mutuamente con el amor de Cristo.

3.- Vivir y comunicar la devoción al misterio de la Iglesia.

Quien no descubre el misterio de la Iglesia se priva de una real y verdadera devoción a la Iglesia. Y esto tiene una explicación muy sencilla. O bien no ve más que la dimensión humana de ella, con sus luces y sombras, o bien cae en un cierto pietismo de tipo socio-religioso. Quien no ve más que su dimensión social y humana, pronto la abandona o la utiliza. Y lo mismo hacen quienes están animados por un cierto pietismo socio religioso, buscando en ella un tranquilizante religioso. Si no les da lo que piden, la dejan de lado o la combaten.

Cristo considera como sus hermanos y hermanas y madre a los que escuchan la palabra y la ponen en práctica. He aquí su respuesta a los que le dijeron que lo buscaban sus hermanos y su madre: «Estos son mi madre y mis hermanos. El que cumple la voluntad de Dios, ese es mi hermano y mi hermana y mi madre». (Mc 3, 34-35) Y a la mujer que le dijo: «Bienaventurado el vientre que te llevó y los pechos que te criaron», conocemos su respuesta: «Mejor, bienaventurados los que escuchan la palabra de Dios y la cumplen». (Lc 11, 27-28) San Agustín, en uno de sus sermones a la comunidad, comenta estos textos:

Prestad más atención, hermanos míos, prestad más atención, os lo ruego, a lo que dijo el Señor, extendiendo la mano sobre sus discípulos: *Estos son mi madre y mis hermanos; y quien cumpla la voluntad de mi Padre, que me envió, ese es mi hermano, mi hermana y mi madre.* ¿Acaso no hizo la voluntad del Padre la Virgen María, que por la fe creyó, por la fe concibió, elegida para que nos naciera la Salvación en medio de los hombres, creada por Cristo antes de que Cristo fuese en ella creado? La cumplió; santa María cumplió ciertamente la voluntad del Padre; y por ello significa más para María haber sido discípula de Cristo que haber sido madre de Cristo. Más dicha le aporta haber sido discípula de Cristo que haber sido su madre. Por eso era María bienaventurada, puesto que, antes de darlo a luz, llevó en su seno al maestro. Mira si no es cierto lo que digo. Mientras caminaba el Señor con la muchedumbre que le seguía, haciendo divinos milagros, una mujer gritó: *¡Bienaventurado el seno que te llevó! ¡Dichoso el seno que te llevó! Mas, para que no se buscara la felicidad en la carne, ¿qué replicó el Señor? Más bien, bienaventurados los que escuchan la palabra de Dios y la guardan.* Por ese motivo, pues, era bienaventurada también María: porque escuchó la palabra de Dios y la guardó: guardó la verdad en su mente mejor que la carne en su seno. La Verdad es Cristo, carne es Cristo; Cristo Verdad estaba en la mente de María, Cristo carne estaba en el seno de María: de más categoría es lo que está en la mente que lo que se lleva en el seno. ***Santa es María, bienaventurada es María, pero mejor es la Iglesia que la Virgen María. ¿Por qué? Porque María es una porción de Iglesia, un miembro santo, un miembro excelente, un miembro supereminente pero, al fin, miembro de un cuerpo entero. Si es parte del cuerpo entero, más es el cuerpo que uno de sus miembros. El Señor es Cabeza y el Cristo total lo constituye la Cabeza y el cuerpo. ¿Qué diré? Tenemos una Cabeza divina, tenemos a Dios como Cabeza.*** (Sermón 72, A)

Todo nos invita a una seria conversión, pues existe la tentación, incluso entre los creyentes fervientes, a pensar y vivir la Iglesia como un simple grupo religioso en dependencia de la jerarquía eclesiástica o de un líder religioso, como suele suceder en ciertos movimientos sectarios de nuestros días. Ciertamente, la Iglesia de Dios es una comunidad religiosa y jerárquica; pero su misterio es cualitativamente infinitamente más. Es la Esposa de Cristo forma con él una unidad indisoluble. La carta a los efesios la presenta en estos términos:

Maridos, amad a vuestras mujeres como Cristo amó a su Iglesia: Él se entregó a sí mismo por ella, para consagrarla, purificándola con el baño del agua y la palabra, y para presentársela gloriosa, sin mancha ni arruga ni nada semejante, sino santa e inmaculada. Así deben también los maridos amar a sus mujeres, como cuerpos suyos que son. Amar a su mujer es amarse a sí mismo. Pues nadie jamás ha odiado su propia carne, sino que le da alimento y calor, como Cristo hace con la Iglesia, porque somos miembros de su cuerpo. Por eso dejará el hombre a su padre y a su madre, y se unirá a su mujer y serán los dos una sola

carne. *Es este un gran misterio: y yo lo refiero a Cristo y a la Iglesia.* En una palabra, que cada uno de vosotros ame a su mujer como a sí mismo, y que la mujer respete al marido. (Ef 5, 25-33)

La Cabeza y el Cuerpo no pueden separarse, forman un todo. Por ello, como ya indiqué de acuerdo con el Concilio, la Iglesia es **en Cristo** como un sacramento. En el texto de la carta a los efesios que acabo de citar, el término griego «misterio» es traducido al latín por «sacramento». La Eucaristía es el misterio o sacramento de la fe. Una vez más, vemos la importancia de introducirnos e introducir a los que Dios nos ha confiado en la maravillosa realidad de la Iglesia, «sacramento universal de salvación».

Para concluir esta meditación sobre el misterio de la Iglesia peregrina es interesante releer el título del capítulo VII de la constitución sobre la Iglesia: «Indole escatológica de la Iglesia peregrinante y su unión con la Iglesia celestial».

Porque Cristo, levantado sobre la tierra, atrajo hacia sí a todos (cf. *Jn* 12, 32 gr.); habiendo resucitado de entre los muertos (*Rom* 6, 9), envió sobre los discípulos a su Espíritu vivificador, y por El hizo a su Cuerpo, que es la Iglesia, *sacramento universal de salvación*; estando sentado a la derecha del Padre, actúa sin cesar en el mundo para conducir a los hombres a la Iglesia y, por medio de ella, unirlos a sí más estrechamente y para hacerlos partícipes de su vida gloriosa alimentándolos con su cuerpo y sangre. *Así que la restauración prometida que esperamos, ya comenzó en Cristo*, es impulsada con la misión del Espíritu Santo y por El continúa en la Iglesia, en la cual por la fe somos instruidos también acerca del sentido de nuestra vida temporal, *mientras que con la esperanza de los bienes futuros* llevamos a cabo la obra que el Padre nos encomendó en el mundo y labramos nuestra salvación (cf. *Flp* 2, 12). (LG 48)